

yándose en Efesios 1,1-14, sobre *la relación entre un plan trazado eternamente por Dios y la posibilidad del hombre de no seguirlo*. El hombre ha sido predestinado a la gloria, a vivir la misma vida divina. Dios no se impone en el corazón del hombre sino que quiere conquistarlo por amor, que es lo que ahela el hombre. Pero el hombre se aparta de su Creador, se prefiere a sí mismo antes que la vida que Dios le propone. Sin embargo, Dios mantiene su invitación y no deja de llamarnos a la verdad y al arrepentimiento. Los hombres podremos seguir o no los planes de Dios; Él, por su parte, siempre presentará planes alternativos por los que podamos recorrer el camino del amor. Dios ama a cada hombre de un modo singular. Quiere siempre el bien. Nos crea para que amemos como Él ama y nos llama a compartir su intimidad. Aceptar la invitación a ser santos no es un solo acto singular, sino que se trata de algo que se repite a lo largo de toda la vida. Si, por la razón que sea, damos la espalda a dicha invitación, siempre podemos pedir perdón y rectificar, que es otro modo de amar.

El tercer capítulo, a cargo de Juan Luis Caballero, profesor de Nuevo Testamento de la Universidad de Navarra, fijándose, desde una perspectiva vocacional, en la Sagrada Escritura, destaca que *todos tenemos una vocación al amor* intrínsecamente relacionada con la edificación de la Iglesia. En Cristo, los hombres son llamados a consti-

tuirse en una gran familia redimida y reconciliada, la familia de Dios, unida por el amor, que es el vínculo de la perfección. La meta de la vida es la bienaventuranza y el sendero para llegar a ella es el amor. Todo cristiano comparte esa vocación-misión que consiste en colaborar en el plan salvífico de Dios, obrando como apóstol del Evangelio, siendo signo profético del amor de Dios ante el mundo, ofreciéndose amorosamente por los demás, haciéndose *cooperador* de Jesucristo Salvador. En este contexto, la historia de la salvación se nos ofrece como una maravillosa pedagogía divina: en ella hay una revelación progresiva de Dios como Padre y de la vocación de todo hombre a ser hijo de Dios en el Hijo. Esta vocación se va a realizar en la Iglesia, que es la familia de Dios. La historia del pueblo de Israel constituye la prehistoria de la Iglesia. Aquel pueblo necesitó que Dios le diera una Ley y unos profetas para facilitarle el camino: gracias a ellos pudo ir conociendo cada vez mejor su vocación-misión y los obstáculos para realizarla. Todas esas lecciones, iluminadas definitivamente por la persona de Cristo, y sobre las que reflexionó con gran profundidad san Pablo, se nos han ofrecido como palabra divina que sigue y seguirá instruyendo a los hombres y mujeres de todos los tiempos.

José Ignacio ZULOAGA

Fabio ROSINI, *Solo el amor crea. Las obras de misericordia espirituales*, Madrid: Rialp («Patmos»), 2018, 225 pp., 12 x 19, ISBN 978-84-321-4990-0.

Fabio Rosini (Roma, 1961) es un sacerdote muy conocido en Italia por su trabajo pastoral con la juventud. Desde el inicio de su ministerio sacerdotal –a principios de los años noventa– se ha dedicado intensamente a los jóvenes y desde el 2011 dirige

el *ufficio per il Servizio alle Vocazioni* de la diócesis de Roma. En 1993 puso en marcha unos encuentros de catequesis sobre los *Diez Mandamientos* destinados a introducir a los jóvenes en el discernimiento sobre la voluntad de Dios y para ayudarles a

que sean capaces de escoger «la parte mejor» (cfr. Lc 10,42), esto es, su propia vocación. Este proyecto de catequesis ha tenido gran difusión y actualmente se lleva a cabo con fruto en muchos lugares de Italia y también en otros países.

También es conocido por sus programas radiofónicos. Durante bastantes años ha comentado semanalmente el evangelio dominical en Radio Vaticana. De hecho, en el origen de este libro se halla una serie de programas que presentó en esta misma radio sobre las obras de misericordia espirituales. En efecto, F. Rosini tiene un estilo sencillo y directo que, unido a su larga experiencia pastoral, a su formación teológica y bíblica, y a su lectura intuitiva y profunda de las realidades humanas, le convierten en un gran comunicador.

El libro consta de una brevísima introducción –precedida por un prefacio firmado por M. I. Rupnik–, dos secciones sobre la misericordia y las obras de misericordia en general, y siete capítulos, dedicados respectivamente a cada una de las obras de misericordia espirituales.

Ya en el prefacio M. I. Rupnik señala la característica esencial del libro: más allá de ser un mero comentario de las obras de misericordia, el libro trata sobre el núcleo de la vida cristiana (cfr. pp. 13-15). Lo primordial no es «hacer» cosas, «hacer» obras de misericordia, sino hacerlas estando incorporados a Cristo, al Hijo. El cristiano que vive la misericordia transmite el don que él mismo por ser hijo ha recibido del Padre y su actuar se convierte en *teofónico*, es decir, con su existencia y sus actos muestra y transmite el amor de Dios. Lo explica muy bien el A., en la primera sección del libro, «La misericordia y sus sucedáneos», cuando afirma que «la misericordia no procede del hombre, sino de la relación con Dios» (p. 36). En su sentido más hondo, la misericordia no es un desarrollo meramente humano o una creación del hombre, sino que surge de la *relación filial* del

hombre con Dios. Dicho de otro modo, es «una obra de Dios en el hombre, pero no una magia, pues implica su consentimiento, su adhesión» (p. 37). Las obras de misericordia «son obra del Espíritu Santo en nosotros. De otro modo no podríamos hablar de obras de vida eterna» (p. 37). Esto significa que los cristianos, como hijos de Dios, son capaces de transmitir una vida nueva porque sus ojos, sus manos, su inteligencia son ojos, manos e inteligencia de alguien que ha nacido de Dios (cfr. p. 53).

Los comentarios a las obras de misericordia siguen en el libro el orden y el enunciado que estas tienen en italiano, que difiere ligeramente del modo habitual de enunciarlas en castellano. F. Rosini mantiene un mismo esquema para cada una de las obras de misericordia. En primer lugar considera la carencia o la necesidad a la que se dirige cada obra de misericordia. Es decir, analiza cuál es el problema de los que dudan, de los ignorantes, de los que yerran, de los que están tristes, de los que necesitan el perdón, de los que necesitan un hermano que los comprenda y sostenga pacientemente o de los que necesitan de la oración de los demás. En segundo lugar se detiene a descubrir los sucedáneos o falsificaciones que con frecuencia se dan de cada una de las obras de misericordia, para explicar a continuación en qué consiste exactamente la misericordia en cada una de estas obras. Por último indica de modo vivo y sencillo cuál es el camino para llegar a recibir la gracia de ejercitarse en estas obras (cfr. p. 59).

A través de sus páginas el lector es llevado hacia la contemplación de lo que significa el mandato del amor como en un movimiento *in crescendo* en el que la reflexión sobre los textos bíblicos seleccionados va marcando el compás. Quizás el mejor modo de describir lo que F. Rosini realiza en este libro sea aduciendo unas palabras que él mismo ofrece al final: «Todo nuestro viaje ha sido como pasar la aduana de las obras de misericordia, desde lo hori-

zontal a lo vertical, desde lo visible a lo invisible, de lo simplemente humano a lo humano tocado por lo divino, de nuestros balbuceos afectivos hasta la caridad, virtud teologal y don de Dios. Cruzar desde lo que improvisamos por nosotros mismos hasta lo que Dios puede hacer dentro de nosotros, solo Él sabe cómo. Porque, en caso contrario, todas estas obras podrán

suplirse con buenismo, activismo y perfeccionismo» (p. 221).

Sin duda, el A. ha logrado en este libro hablar de la vida cristiana de modo atractivo y sincero, con hondura teológica y vitalidad, y lo hace tratando un tema siempre nuevo: el amor.

Miguel BRUGAROLAS

